



Fernando Savater

La peor parte
Memorias de amor

Ariel

www.elboomeran.com

Fernando Savater

La peor parte

MEMORIAS DE AMOR

Ariel

Primera edición: septiembre de 2019

© 2019, Fernando Savater

© 2019, Tricéfalo Producciones, por las fotografías

© 2019, J. Mauricio Restrepo, por el diseño del pliego de imágenes

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3118-8

Depósito legal: B. 14.424-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Prólogo. Y ahora...</i>	13
1. Caer en desgracia	23
2. Mi vida con ella	61
<i>Epílogo. Nueve meses</i>	205
<i>Despedida</i>	243

1

CAER EN DESGRACIA

Si el corazón pudiera pensar, se pararía.

FERNANDO PESSOA

Durante mucho tiempo, mientras cumplía mis años y las perspectivas vitales se iban haciendo cada vez menos prometedoras, me repetía la misma consideración analgésica: «He disfrutado de una vida tan indecentemente buena que aunque mañana se acabase mi suerte y el resto que me queda (treinta, veinte, diez años...) fuese desdichado, el balance total sería aún indudablemente positivo y feliz». En el fondo, no creía demasiado posible ese cambio radical de mi fortuna. Ciertamente que la vejez es una humillación, que incluso para los más sanos se convierte en fuente incansable de dolores e incomodidades, mientras los iconos de nuestra juventud

y los compañeros de nuestra madurez van desapareciendo a ritmo creciente, los lugares y los juegos que nos encantaron son arrasados por bárbaros sin delicadeza, llegan modas insoportables y la estupidez ambiental se vuelve un runrún incesante. Había muchas razones para suponer que se me venían encima años malos, probablemente peores que lo antes vivido, pero no tan malos que se convirtiesen en lo opuesto a todo lo demás. Serían como una continuación impresa en peor papel, con líneas borrosas y abundantes erratas, con ilustraciones en blanco y negro en lugar de vivos colores de los capítulos anteriores de mi vida. El argumento se mantendría igual, hasta en el tono mismo de la narración, sin radical solución de continuidad. Incluso en el peor de los casos, me salvaría como en el examen de reválida.

Cuando hice el bachillerato, al acabar cuarto curso (en torno a los catorce años) debíamos pasar una reválida tras la que nos separábamos en alumnos de ciencias y de letras. Los de letras cursarían latín y griego; los de ciencias, matemáticas, física y química. Después pasaríamos a ser ignorantes dichosos y sin culpa en las materias aborrecidas. Esa prueba era la última en la que debíamos demostrar nuestros conocimientos en uno y otro campo, antes de decantarnos por nuestra preferencia. La nota final de reválida era la suma de la prueba de matemáticas y la de literatura, dividida por dos. Yo fui temblando al examen porque mi nulidad en el exacto laberinto de números y cálculos era legendaria entre mis

compañeros de curso y, desde luego, una abrumadora certeza para mí. Debo de ser el mayor inútil aritmético que haya pisado la superficie del planeta. El resultado de la prueba confirmó mis peores perspectivas: obtuve un cero en los problemas que me propusieron, ante los que me quedé paralizado como el proverbial conejillo frente a la mirada inmisericorde de una cobra. Pero en el ejercicio literario, en el que podía divagar y fantasear a mi gusto, que es lo único que en la vida he sabido hacer, saqué un diez. Este resultado anómalo — luego me dijeron que único— puso en un brete al tribunal encargado de fijar las calificaciones definitivas. Por un lado, desde el punto de vista meramente aritmético, el resultado me era favorable: ¡hasta yo sabía calcularlo! Cero más diez, diez; dividido por dos, cinco; o sea, el aprobado justo y raspado, pero, al fin y al cabo, aprobado. Por otra parte, un resultado de tal desequilibrio iba en contra del sentido mismo de la reválida, orientada a evaluar una razonable competencia en ambos campos del conocimiento y que debía encabritarse ante una monstruosa hemiplejía escolar como la mía. Me llamaron a capítulo, me amonestaron seriamente, pero al final me dieron el plácet. Creo que en ello influyó el prestigio de mi colegio (Nuestra Señora del Pilar de Madrid) en el instituto donde se celebró el examen. Aún sueño con relativa y decreciente frecuencia con que debo presentarme a un último y crucial examen de matemáticas, sin el cual no podré dar por acabados mis estudios. ¡A mi edad, es imposible! Me despierto sudando y temblando. Supongo que algún

día la muerte me llegará así, como la definitiva ecuación imposible de resolver.

De ese modo me salvé entonces. Y yo creía firmemente que el resultado de mi vida iba a ser igual y no menos favorable, incluso por un margen de aprobado mayor. Los factores de la existencia me llegaban de bueno a malo y luego a peor, primero la literatura, la imaginación, la Disneylandia del espíritu, luego el cálculo y después el álgebra más dolorosa, la tortura de lo exacto y necesario, de lo irremediable. Pero la conclusión sería positiva, la primera parte pesaría en el total más que la segunda y el balance daría un saldo a mi favor. Como el Creador al final de los días contemplando su obra acabada, según refiere el Génesis, yo también podría exclamar satisfecho: «Valde bonum». Pero me equivocaba en esa previsión optimista, por lo menos tanto como se equivocó el propio Creador al apreciar lo que había sacado de la nada.

Desde luego no es que hubieran faltado por completo contrariedades, sinsabores, padecimientos y aun desdichas en la parte que yo consideraba buena y soleada de mi vida. No existen seres conscientes, aunque sólo lo sean mínima y toscamente, que no sientan dolor por múltiples causas y de manera relevante y continuada, como un mecanismo evolutivo para acicatear las respuestas del instinto de conservación. El hambre, la sed, el frío, el calor, la urgencia sexual son dolores que compartimos con los demás animales; el deseo de compañía y afecto, el afán de reconocimiento perso-

nal, el miedo a la violencia de nuestros semejantes o sencillamente al futuro, a la enfermedad y la muerte, la angustia por el bienestar de nuestros seres queridos o la llaga de su pérdida, las dolencias del amor (celos, abandono...) o la peor de todas, que es carecer de amor, son males propios e inseparables de la condición humana. Nos tocan a todos, en una u otra cuantía. Yo los he padecido, he visto morir a mis abuelos y a mis padres, he sufrido por y para los amores, he estado en la cárcel, he conocido la hostilidad de adversarios intelectuales, no me son ajenas las enfermedades y he conocido quirófanos y largas noches de estertor. Todo me pareció siempre aceptable, asumible a fin de cuentas aunque fuera entre maldiciones y protestas, *compensado* por incidentes luminosos y placenteros que también se daban a cada paso. He sido adepto de la «filosofía de la compensación» que ya en mi madurez vi formulada por Odo Marquard pero de forma espontánea, ingenua, antes de conocerla racionalmente. Si alguien quiere repasar mi balance biográfico entre bienes y males, tal como yo lo hacía hace tan sólo tres lustros, puede leer *Mira por dónde*, una autobiografía en la que conté bastante y desde luego callé mucho, en un vano intento por mitigar el exhibicionismo propio del género.

Es curioso que al final de ese libro, en el epílogo titulado «Antes de nada» que seguía a una declaración de amor a mi Pelo Cohete, ya me ponía algo melancólico (probablemente para darme importancia a ojos del impresionable lector) y señalaba una creciente «di-

ficultad en saborear lo que siempre me ha parecido sabroso». Y añadía: «Empiezo a darme cuenta de que quizá acabaré triste, como cualquier imbécil». Para enseguida replicar: «Pero os juro que hubo una alegría dentro de mí, incesante, una alegría que lo encendía todo con chisporroteo de bengalas festivas precariamente instaladas en las oquedades de la gran calavera». Por entonces escribía yo sobre la tristeza futura puramente de oídas, como quien habla haciéndose el entendido de un país en el que realmente nunca ha estado y que sólo conoce por los relatos de algunos viajeros y por una serie de postales estereotipadas. Y sin embargo acerté en mi predicción conjetural porque ya es inapelable que voy a acabar mi vida triste, pero no con la tristeza átona y desvaída de cualquier imbécil senil, sino con una tristeza enorme, proactiva, que nace precisamente de la inteligencia y la aniquila en su propio terreno, una tristeza que no ha llegado por un suave declinar físico y el marchitamiento progresivo de las ilusiones, sino con la precipitación atroz de una brusca caída en un mar de amargura sin orillas, en el que debo chapotear con espanto hasta el anegamiento final. Como dice la duquesa de Vaneuse en la novela de Gustave Amiot, «lo poco que me queda de inteligencia me enfrenta en todo momento a esta última y única verdad: que la inteligencia no es nada comparada con el sentimiento. Y yo de los sentimientos ya sólo conozco el luto de los míos y los aspavientos de la comedia universal». En efecto, ahora sé exactamente lo que

significa «caer en desgracia», no como otro incidente palaciego reversible más en el vaivén de la existencia, sino como una metamorfosis irrevocable, una mutilación de la propia condición sin remedio posible, la pérdida que desequilibra mi ser y rompe dentro de mí el resorte de lo que antes chispeaba y burbujeaba a pesar de todos los pesares. Este pesar no es como los demás; ha llegado el pesar invencible.

Para evitarnos rodeos, el comienzo del final de lo bueno de mi vida fue el diagnóstico fatal a Pelo Cohete (algunos de sus amigos y luego yo mismo la llamábamos así porque en la época estudiantil en que la conocí llevaba a veces un pelo erguido tipo cresta punki). Después vinieron nueve meses de pesadilla terapéutica cada vez más horrible y, finalmente, el apagón. La muerte de mi mujer, del amor de mi vida, del amor en mi vida, de mi amor a la vida. La caída irremediable en el océano de la desgracia. Aquí debiera venir el punto final: *el resto es silencio*. Hubiera sido lo más decente, lo único presentable. Si tres o cuatro años atrás alguien me hubiera dicho que iba a seguir viviendo más o menos como si nada en la hipótesis absurda de que Pelo Cohete muriese, le hubiera partido la cara. Su muerte (impensable, increíble, inasumible hasta como hipótesis fantástica del género macabro que tanto nos gustaba a ella y a mí) decidiría la mía con la inexorabilidad de cualquier ley física, natural. De hecho, lo que me preocupaba era lo contrario, qué sería de ella si, como parecía biológicamente lógico (y, por mi parte, decidi-

damente deseable), yo moría antes. ¿No haría, llegado el caso, ningún disparate? Siempre me decía que no temía a la muerte («y no como tú», añadía con su sonrisilla entre tierna y fatua que tanto echo de menos), que más bien la había deseado muchas veces, desde niña. Y que, por supuesto, no pensaba sobrevivir a mi pérdida, ya se encargaría ella del asunto. Coño, era muy capaz. Lo único que me hacía realmente insoportable el pensamiento de morir (idea siempre intimidatoria, pero para mí ya asumible de puro obsesiva) era dejarla sola, desolada, empujada a quitarse la vida. Otras veces me daba por pensar qué sentiría al ver mi rostro después de muerto. Ella, que ponía tanto celo en que me diera potingues para suavizar las arrugas, a la que nunca se le escapaba nada de mi aspecto («¡qué mala cara tenías ayer! Parecías muy cansado»), cuando me viera con la mala cara *final*... Me subleva la idea de que alguien me vea muerto, sobre todo entonces ella. Me da vergüenza. Es una especie de abandono imperdonable. Quizá por eso Montaigne prefería morir lejos de los suyos, entre desconocidos: a quien no nos ha visto vivir le resulta irrelevante vernos muertos. Que debería ser yo quien la viese muerta, para recordarla así siempre, y yo quien la viese agonizar, sufrir, extinguirse ante mis ojos, hundirse en la nada como en la negrura del océano, impotente para ayudarla, aumentando sus padecimientos con mis temblores y torpezas... Eso, afortunadamente, nunca lo imaginé. Me pilló de improviso. Egoísta hasta el final —es decir, optimista—, me

preocupaba medio hipócritamente por ella, pensando que le iba a tocar el mal trago de mi muerte, la cual, por suerte, tendría el lado bueno de ahorrarme el espanto de la suya. Nunca he sabido ponerme en lo peor, aunque me las doy de pesimista (¡cómo se reía por esa pretensión Cioran de mí!), hasta que llega. Siempre llega y entonces nos enteramos de en qué consiste lo peor. Ahora ya he aprendido la lección... o eso creo, al menos. ¿Seguiré siendo optimista, un optimista *destrozado*?

La pasión y muerte de Pelo Cohete, su calvario atroz, asistir al sufrimiento de la persona a la que nunca soporté ver sufrir lo más mínimo, que lo sabía y conseguía lo que quisiera de mí con una lágrima, con un puchero, me enseñó también muchas más cosas terriblemente importantes y definitivas sobre mí, sobre el mundo. En primer lugar, que perder las ganas de vivir no significa tener más ganas de morir que de costumbre. Yo había creído, de modo más o menos consciente, que el apego a la vida y el deseo de muerte eran vasos comunicantes, de modo que el descenso de nivel de uno significaba el aumento del otro. Pero no es exactamente así. Por seguir con la comparación, ambos vasos pueden estar casi vacíos *a la vez*, aunque en cambio no es posible que estén llenos al unísono. Con la pérdida de mi amada, perdí también el afán de futuro y sobre todo el regocijo de la vida, pero seguí sintiendo la habitual antipatía por la muerte. Es como cuando padecemos un fuerte catarro nasal que embota nuestro sentido del gusto: seguimos teniendo apetito y nos atrae el aspecto de los platos

preferidos, pero al probarlos vemos que han perdido su sabor y así nos aburrirnos pronto de comer.

Las tareas de la vida que siempre me fueron gratas me lo siguen pareciendo, pero en cuanto las emprendo constato que se han convertido en algo insulso, átono, fatigoso e insignificante. Quizá el placer de la lectura sea la única excepción, incluso diría que ahora se ve reforzado por la deserción de los demás. En cambio, escribir se ha convertido en un gesto vacío porque ya no puede alcanzar su objetivo natural: ser leído y aprobado por ella. Desde hace treinta años, yo escribía para que ella me quisiera más: habría cambiado el Cervantes y el Nobel sin dudarlo por su sonrisa al terminar una página y la forma algo pícara en que me decía: «Qué bueno, ¿no?». No sólo los elogios sino su crítica, que podía ser inmisericorde y casi siempre diabólicamente certera, también me estimulaba (después de irritarme, lo admito) y me daba fuerzas, porque yo sabía que su censura venía de que no aceptaba verme deficiente, ambiguo, ñoño. Le gustaba sobre todo mi capacidad de condensar los argumentos de una larga charla en pocas líneas y de forma clara. Si me señalaba un párrafo con su inapelable «eso no se entiende bien», había que volver a escribirlo, sin remedio; yo sabía de sobra que si ella no lo captaba de inmediato, ningún otro lector lo haría ni en diez años.

Vivir sin alegría ha sido una experiencia nueva para mí, una ruptura con mi yo anterior. Estaba acostumbrado a despertar siempre como cuando era niño, con un

latente «¡vaya, otra vez!» gorjeando dentro. Y con el litúrgico «¿qué pasará?» con el que acababa cada episodio de cualquiera de los tebeos que tanto me gustaban y que leía puntualmente cada sábado por la noche. Yo sabía que cabía esperar mil peripecias divertidas, pero que nada irreparable le ocurriría al protagonista, o sea, a mí. Aunque me quejaba, lloraba y maldecía como todo el mundo, jamás me lo creí; la vida me parecía estupenda, a veces algo horrible, sin duda, pero no menos estupenda, como una buena película de terror tipo *Alien* o *La semilla del diablo*. Incluso en mis peores momentos, en la tortura del cólico nefrítico, en el hastío de un cóctel formal o una conferencia académica (son las peores experiencias que a bote pronto puedo recordar), sonaba como fondo de mi ánimo el *basso ostinato* de la alegría aunque ni siquiera yo pudiese darme cuenta. Ha sido al dejar de oír ese íntimo hilo musical cuando, tras la inicial extrañeza, me he dado cuenta de lo que había perdido. «Reconocí a la alegría por el ruido que hizo al marcharse», dijo Jacques Prévert (el poeta preferido de Pelo Cohete cuando la conocí), y podría hacer mía esa constatación. No se ha tratado de mudar mi estado de ánimo a otro menos agradable, sino de quedarme sin mi combustible existencial, sin lo que me permitía aguantar, inventar, querer, luchar. Hasta entonces nunca hice nada sin alegría, como de sí mismo dijo Montaigne. Ahora tengo que acostumbrarme a *ir tirando*, tirando de mí mismo, de residuos del pasado. Puedo jurar con la mano en el corazón que no

he vuelto a ser feliz de verdad, íntimamente, como antes lo era cada día, ni un solo momento desde que supe de la enfermedad de Pelo Cohete. No sé cuánto durará esta sequía atroz, porque creo que es imposible vivir así. Para mí, imposible. Cuando me preguntan qué tal me encuentro, siento ganas de contestar lo mismo que aquel torero del XIX al que los de su cuadrilla le hicieron esa pregunta mientras le llevaban a la enfermería tras una cornada mortal: «¡Z'acabó er carbón!».

Pero el más notable descubrimiento que he hecho a costa de mi desdicha es la intransigencia general que rodea al doliente. Por supuesto, en el momento de la pérdida y en las jornadas inmediatamente sucesivas no nos falta compasión y muestras de simpatía de cuya sinceridad no cabe dudar. Pero tales manifestaciones afectuosas tienen fecha de caducidad, como las felicitaciones de Año Nuevo. Uno no puede estar trescientos sesenta y cinco días deseando felicidad al prójimo; es cosa que sólo tiene sentido a finales de diciembre y comienzos de enero. Después se vuelve ridículo, más tarde apesta y puede parecer un desarreglo mental. Si allá por marzo, cuando saludamos a alguien, le murmurásemos amablemente «felices Pascuas» y esperaríamos lo mismo de él, nos tomaría por chalados. Del mismo modo, quien nos da sus condolencias en el momento adecuado, al producirse la pérdida o un tiempo prudencial después, espera haber dejado así zanjado el engorroso asunto. Quizá vuelva algo más adelante a decirnos «¿qué tal estás?» con gesto compasivo, pero

desde luego sin mayores efusiones por su parte ni de-searlas por la nuestra. El triste asunto ha sido lamen-tado cuanto corresponde y ya no hay nada que añadir. Los más filosóficos añaden «¿qué quieres?, la vida tiene que continuar» y esperan con cierta impaciencia que estemos de acuerdo. Como si nuestro remoloneo obs-taculizase también su marcha inexorable. Por mucho que hayamos sufrido, no pretenderemos a fuerza de dolor bloquear el paso inclemente de la vida. Si desbor-damos en lamentos extemporáneos, retrocederán un paso, consultando mentalmente el calendario y hasta el reloj. «Vaya, todavía sigues así.» «Te veo mal», ésa es la más común reconvencción: en realidad quiere decir: «Lo estás haciendo mal, no sabes cómo se juega a esto, te das demasiada importancia, pareces creer que lo que te ha pasado es algo único, trascendental, cuando en realidad se trata de la cosa más corriente del mundo, la que todos han padecido o están a punto de padecer. A mí no me vengas con monsergas, no querrás que nos pasemos los demás el resto de la vida dale que te pego con tu congoja».

Otros amigos del tópico —los que más consiguen irritarme— me informan para tranquilizarme del anal-gésico que acabará con mi pena: «El tiempo todo lo cura». Sí, por ejemplo la vejez, ¿verdad? ¡Menuda gi-lipollez! Para empezar, salvo que aludiendo al tiempo se quieran referir a la muerte (medicina que nada sana pero todo lo extingue: ¡para acabar con las jaquecas, lo mejor es la guillotina!), el paso del tiempo cura tan

escasamente como el espacio, según advirtió Jean-François Revel. Los días y los años enquistan el dolor, lo esclerotizan, convierten la tumba en pirámide, pero no fertilizan el desierto que la rodea. En algunos casos logran embotar la sensibilidad —lo cual para muchos parece ser suficiente—, pero no cierran la llaga, si es que realmente la hubo; sólo nos familiarizan con el pus. Además, para quien de verdad ha amado y ha perdido la persona amada, el amortiguamiento del dolor es la perspectiva más cruel, la más dolorosa de todas. Como dijo un especialista en la cuestión, Cesare Pavese, «il dolore più atroce è sapere che il dolore passerà». Y con el dolor se irá empequeñeciendo también el amor mismo, que no puede ser ya sino la constancia sangrante de la ausencia. Desde Platón sabemos que Eros es una combinación de abundancia y escasez, un constante echar de menos que no cambiaríamos por ninguna otra forma de plenitud. El amor siempre es zozobra y contradicción, una forma de sufrir que nos autentifica más que cualquier placer. Ese punto de sufrimiento es lo que le caracteriza frente a la mera complacencia hedonista o al acomodo utilitario a la pareja de conveniencia. La prueba quizá no basta, pero nunca falta: si no duele, no es amor. Y si duele mucho al principio para luego irse diluyendo hasta dejar sólo un leve escozor fácilmente superable, es amor... propio. O sea, narcisismo, la única forma de enamoramiento cuyo objeto, por maltrecho que sea, siempre permanecerá a nuestro alcance. Pero el amor propio es un amor ventajista, aunque sin duda

éticamente útil para orientar nuestra conservación humana, lo que no es poco, ni suficiente. Nada sabe de la *perdición*, del abandono delicioso y atroz a lo que no somos como si lo fuéramos, del arrebató que no dura un instante —como el resto de los arrebatos—, sino que se estira y se estira sobresaltado e imposible desafiando al tiempo, a la dualidad de sujeto y objeto, avasallando al mismísimo amor propio que sin duda estuvo en su origen y que rechina rebelde pero subyugado bajo su torbellino. Ese amor no quiere amortiguarse tras la pérdida irreversible de la persona amada, sino que se descubre más puro, más desafiante, más irrefutable al convertirse en guardián de la ausencia. También infinitamente, desesperadamente doloroso. Pero el amante no querría a ningún precio que una especie de Alzheimer sentimental le privase de ese sufrimiento que es como el piloto encendido de su pasión que sigue en marcha, lo mismo que nadie accedería a ser decapitado para curarse una jaqueca. Un amor que no desazona y perturba cuando está vivo, que no aniquila cuando pierde irrevocablemente lo que ama, puede ser afición o rutina, pero no auténtico amor.

Consultemos a los expertos: ¿cuánto tiempo, según ellos, necesitamos para curarnos? Pues ni más ni menos que el plazo para llevar a cabo convenientemente nuestro duelo por la pérdida. El duelo es un remedio de consumo obligatorio prescrito *urbi et orbi* por el reputado doctor Freud. Hay que hacer el duelo para *civilizar* la pérdida, para que no se convierta en tristeza

incurable, en desesperación. La tristeza asilvestrada y la desesperación son formas de salvajismo que debemos evitar por consideración hacia los demás. Dejarnos llevar por estas muestras antisociales sería como entregarnos a la antropofagia o al menos como imitar a aquellos antiguos anacoretas que se alejaban para siempre de las ciudades y se refugiaban en el desierto, flagelando su carne y charlando de vez en cuando de forma bastante inconexa con los demonios más serviciales. Freud no ignoró que la cultura tiene sus males-tares, pero también supo que dejarnos arrastrar por lo meramente instintivo, impulsivo, inconsciente o como ustedes prefieran es todavía peor. Quiero decir, peor para la sociedad, claro, para la vida civilizada. De modo que estableció que hay que llevar a cabo el trabajo de duelo, que es como una dieta para librarnos del sobrepeso y las toxinas dolorosas o como los ejercicios de recuperación prescritos después de un accidente. Como las dietas, como los ejercicios de recuperación, el duelo hay que hacerlo bien o si no, no funciona. Lleva su tiempo, desde luego. ¿Cuánto? He leído que algunos psiquiatras americanos dicen que por lo menos, por lo menos, ¡dos semanas! ¡Ay, quién fuera yanqui! Más cautelosos o mejor informados de los usos continentales, los doctores europeos hablan hasta de dos años, quizá más. En Europa todo va más despacio, nos cuesta volver al sano y cuerdo *business as usual*. Pero el duelo hay que llevarlo a cabo, es preciso tomárselo en serio, porque si no nunca volvemos al *business*, nunca

lograremos «rehacer» nuestra vida. Y si no la rehacemos, también los demás, los que mantienen relaciones sociales o amistosas con nosotros, resultarán perjudicados. Seremos culpables de duelo *interruptus*. Nos quedaremos atrapados en la ausencia y esa posición no es nada popular: puede que al poeta le gustase su amada cuando calla «porque está como ausente», pero a la gente prosaica le gustan tan poco los que se ausentan como los que no cesan de quejarse y suspirar... aunque pasen las semanas y hasta los años.

Insisto en el tema de la ausencia porque las personas bienintencionadas que nos urgen a mejorar suelen creer que lo que nos aqueja es la soledad. Y por tanto, alborotadas y temibles, se empeñan en buscarnos compañía o nos imponen la suya. El supuesto remedio a nuestros males es inaguantable. Personalmente, nunca me ha molestado estar solo, todo lo contrario. Desde que dejé la infancia propiamente dicha (en la cual me era indispensable al menos la compañía de mi hermano Josetxo), siempre traté de dar circunstanciales esquinazos a mi familia, a la que, por otra parte, adoraba y necesitaba con furor. Si mis padres y hermanos se iban unos días de vacaciones, yo procuraba quedarme solo en casa con cualquier pretexto escolar. O me marchaba también solo cuando ellos tenían que quedarse. Disponer a mi gusto de mi tiempo, comer cuando y lo que me apetecía, escuchar música a un volumen disparatado, emborracharme (¡allí empezó la cosa!), leer sin parar y desordenadamente, fantasear peripecias eróticas que

más de una vez me pusieron en ridículo... Dulces frutos del placer solitario. Por supuesto que estos episodios siempre fueron breves y luego retomaba la compañía habitual de los míos con renovado gusto. En mi primera juventud pasé un período gregario, que ahora me parece demasiado largo, en el que buscaba a los amigos con insistencia frenética. Supongo que quería que me enseñaran formas de vida y también que vieran la mía, siempre pavoneándome un tanto. Apetecía guías y público, todo junto. Las mujeres que tuvieron la mala suerte de compartir mis ratos por entonces tenían que resignarse a ese exceso maniático de sociabilidad. En realidad echaba de menos la populosa armonía familiar de mis primeros años, pero con toques de novedad a la altura de las nuevas inquietudes de mi edad.

Entonces encontré a Pelo Cohete o, para ser más exacto, Pelo Cohete me encontró a mí y me hizo suyo. A partir de ese momento se me fue haciendo patente lo que con el tiempo se ha convertido en firme convicción: que antes en la mayoría de los casos había tenido que elegir entre la soledad y el aburrimiento. Con Pelo Cohete se acabó el dilema, porque me enseñó a disfrutar de las ventajas de la soledad, pero en compañía. A partir de nuestro encuentro, ya estuvimos siempre solos pero siempre juntos, tanto cuando nos separaban kilómetros como cuando no dábamos un paso el uno sin el otro. No es fácil de explicar, porque no se trataba de un permanente arrobo (aunque en mi caso algo había de eso) y teníamos enormes broncas,

en las que yo aportaba la pifia o la inoportunidad y ella la cólera: Pelo Cohete era capaz de enfados monumentales, cósmicos, en los que me convertía en pararrayos de una tormenta tan llena de ruido y furia que los observadores externos quedaban convencidos de que a partir de entonces no sólo no volveríamos a vernos, sino que además seríamos enemigos irreconciliables por siempre jamás. Pero esa pirotecnia de hostilidades nunca llegó a durar ni siquiera veinticuatro horas. Eso sí, el zarandeo solía dejarnos molidos a ambos, por lo menos desde luego a mí. Y es que con Pelo Cohete todo era siempre perfecto o imposible, la total compenetración o la absoluta incompatibilidad. Pero nunca nos llamamos realmente a engaño: por mucho que ella se hartara de mí (casi siempre con buenos motivos), por mucho que yo enloqueciera ante la letal posibilidad de perderla, creo que nunca dejamos de saber que éramos cada uno el destino del otro. De cerca o de lejos, siempre éramos conscientes de nuestro vínculo, del lazo de fuego que nos hacía existir en la calma y en la borrasca. A veces, cuando más nos amenazaba el torbellino del mundo (¡y mira que nos tocaron esos malos tiempos en los que vivir que Borges reconocía obligatorios para todos los humanos que fueron, son y serán!), ella decía, entre guasona y pensativa: «Mientras nos tengamos el uno al otro...». Ya está, ya no la tengo, ya soy la rueda que gira loca en el vacío tras la rotura de su eje. Nunca me atreví a imaginar siquiera qué habría detrás de ese «mientras» del que he sido desterrado para siempre.